

EL

PEQUEÑO

MANHATTAN

DEL

CARIBE



Los vecinos de Santa Cruz se apiñan en una hectárea con el doble de densidad demográfica que la isla neoyorquina. Abandonados por el gobierno de Colombia, tienen un nuevo enemigo: el turismo.

TIEMPO ESTIMADO DE LECTURA

E

12' **ENTRE TODOS LOS VECINOS QUE FUERON AL** último entierro de Santa Cruz del Islo-
te había más de 20 apellidos. Esta erupción de corales tiene 10.000 metros cuadrados, así que a los muertos los despiden la mayoría de los vecinos: los Hidalgo, los De Hoyos, los Cardales, los Julio o los Cortés. Justiniano, fallecido hace casi un año, era un Morelos.

—Pero aquí no hay ningún cementerio.

—Sí, señor: allá, en la otra isla, con bóvedas y lápidas.

Rocío de Hoyos extiende el brazo hacia Tintipán, adonde los pescadores dirigen las chalupas cargadas de vecinos los días esporádi-

cos de funeral. El islote es una piña con un centenar de casas de hojalata y cemento frente al golfo de Morrosquillo, en el departamento de Bolívar, Colombia, y no hay espacio para cultivar maíz, criar animales o enterrar vecinos. Cada habitante tiene 20 metros cuadrados de espacio: no es raro que a este pedazo de rocas se le atribuya ser la isla más densamente poblada del planeta.

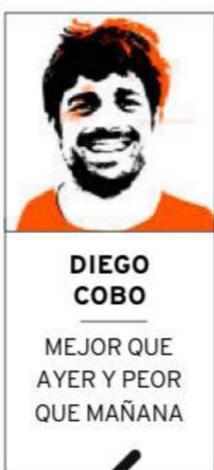
«Es bonito cuando vamos a enterrar a una persona y se ve una caravana de botes», dice Rocío, presidenta del Consejo Comunitario de Santa Cruz del Islo-
te, una de las 10 islas del Archipiélago de San Bernardo que aún asoma la espalda. En la década de los 50, cuando el islote ardió y el fuego se llevó los cerdos, las gallinas y las pocas casas, había 16 islas. ●●●



Pero el mayor cambio ha venido en los últimos años.

En el 2013, a las instituciones —en cuyos archivos había registradas seis casas— llegó el rumor de que 1.200 personas vivían amontonadas en un lugar remoto y minúsculo. Hicieron cálculos, se asustaron de aquella barbaridad poblacional, emitieron una orden de desalojo y ordenaron un censo que finalmente pinchó aquel bulo: los propios habitantes habían contribuido a inflar la exageración. El recuento fijó la población en 492 personas. Al isleño le gustaba exagerar y la realidad no le desilusionó del todo, porque aquí la densidad de población es de 50.000 habitantes por kilómetro cuadrado, el doble que en Manhattan.

«No éramos visibles para el Estado, que solo venía a recoger votos cuando había elecciones», dice Rocío, líder de esta comunidad afrodescendiente. Una ley de 1993 reconocía los derechos de las comunidades negras y la formación de Consejos Comunitarios como modo de organización. La noticia, 40 minutos mar adentro en lancha, llegó 20 años después.



DIEGO COBO

MEJOR QUE AYER Y PEOR QUE MAÑANA



LUIS MIGUEL CHARRIS



Alexander Atencio llegó al islote en el año 2005 como profesor de la escuela precaria y lo primero que le sorprendió fue la hermandad de sus habitantes. «El contexto lo explica: todo es escaso, los recursos hidrológicos se están agotando, la isla no soporta más cantidad de habitantes, la vocación pesquera se ha agotado en gran medida», enumera ante los desafíos de la población. «Para sobrevivir del abandono estatal», resume, «el único blindaje es la cohesión y la armonía, si no ya hubiéramos abandonado la isla».

Atencio, 38 años, está enfadado por la publicidad distorsionada que se expende desde el islote —que todos son primos, que a una casa se entra por la otra, que aquí viven más de 1.000 personas—, pero cree que el isleño es el prototipo del nuevo hombre que requieren estos tiempos trastabillados: «El mundo tiene que absorber y aprender a vivir como el hombre de aquí porque hemos conseguido la adaptación y la supervivencia. Aquí hay armonía y cohesión social: la muerte de uno es la muerte de todos».

Aun así, y a pesar de la desidia y de la degradación del entorno, a pesar del blanqueamiento de los corales, de los sedimentos que arrastran los ríos y de las inundaciones frecuentes por los embates del mar, la rumorología —y algunos vecinos— afirma que los isleños son felices. No todos lo creen. «¡Hijo puta, cómo dicen que viven felices aquí!», comenzó a gritar, desesperado, un joven abogado que acudió a la isla para ayudar en la constitución del Consejo Comunitario mientras el agua se colaba en las casas.

Las calles del islote son estrechas, pero el horizonte es amplio, algo que compensa la pobreza de un pueblo olvidado por discriminaciones encadenadas: pobres, negros y aislados. El Consejo, un gobierno reivindicativo, ya ha logrado sus primeras conquistas tras constituirse en 2013 y enviar demandas a los tribunales. Ahora las van ganando a pequeños sorbos.

Hasta hace dos años, el precio de la electricidad costaba cinco veces más que en el resto del país por cinco horas diarias; el agua potable llega en tanques del ejército; los periódicos no siempre vienen en el día y Rocío los va leyendo por fechas; los niños ya pueden acabar la Secundaria en la escuela local, donde estudian 180 menores. Seis isleños están matriculados en la universidad de Cartagena y pronto llegará el primer titulado de la historia de la isla. Todo un acontecimiento mientras, entre luchas y reclamos, han conseguido que un médico venga cinco días al mes. La salud, la mayoría del tiempo, está en manos de una enfermera y una auxiliar.

Hoy, uno de esos días abrasadores de una primavera alterada, dos niños ayudan a la auxiliar a curar el pie de un hombre que se lo ha abierto con los

afilados corales del mar. La enfermera está de vacaciones y los muchachos, curiosos, riegan el tajo con desinfectante; el herido se dobla de dolor.

Tampoco hay rastro de policía armada en la isla, ni violencia, aunque los pobladores recuerdan con tristeza el asesinato de un hombre a manos de los paramilitares. Con las rutas del narcotráfico, el islote pudo haber sido un excelente refugio para los grupos armados. No lo lograron. Ramiro de Hoyos, cuya arma más peligrosa es la rabia, es lo más parecido a un policía que hay en el islote. «¿Podemos ser felices sin agua potable, si no hay un médico permanente aquí, sin muelle público, si en 35 años no ha habido promoción de bachillerato?», se pregunta este inspector, el enlace entre la alcaldía de Cartagena de Indias, de donde depende este territorio.

—¿Aquí hay problemas?

—En toda comunidad los hay— responde—. Estando la policía se acaban: la música alta que ponen los vecinos, el comportamiento de los adolescentes. No podemos ser felices con tantas necesidades insatisfechas. Esa es la cruda realidad.

En el islote hay gente que sí es feliz. Elida Castillo casi lo grita. «A mí me enferma la ciudad», dice con 87 años y una cara arada por el sol y el tiempo, además de nueve hijos. El árbol genealógico de la mujer más vieja de la isla es una enredadera: 38 nietos, 42 bisnietos y nueve tataranietos.

—¿Y sobrinos?

—Perdí la cuenta.

Su casa casi se descuelga al mar, aunque ha ido comiendo terreno a las aguas fluorescentes. La mitad de la isla es artificial: esta construcción y la de varios hijos se han levantado sobre piedras y basura que fueron incrustando sobre los corales. Nadie tiene títulos de propiedad; ella, tampoco de casamiento. «Nunca fui amante del matrimonio», dice, pausada. Elida piensa un instante por qué; por qué nunca se casó. «No sé», duda un poco. «Él tenía otras mujeres. Yo estaba tranquila porque cada mujer estaba en su casa. Sus hijos son también mis hijos».

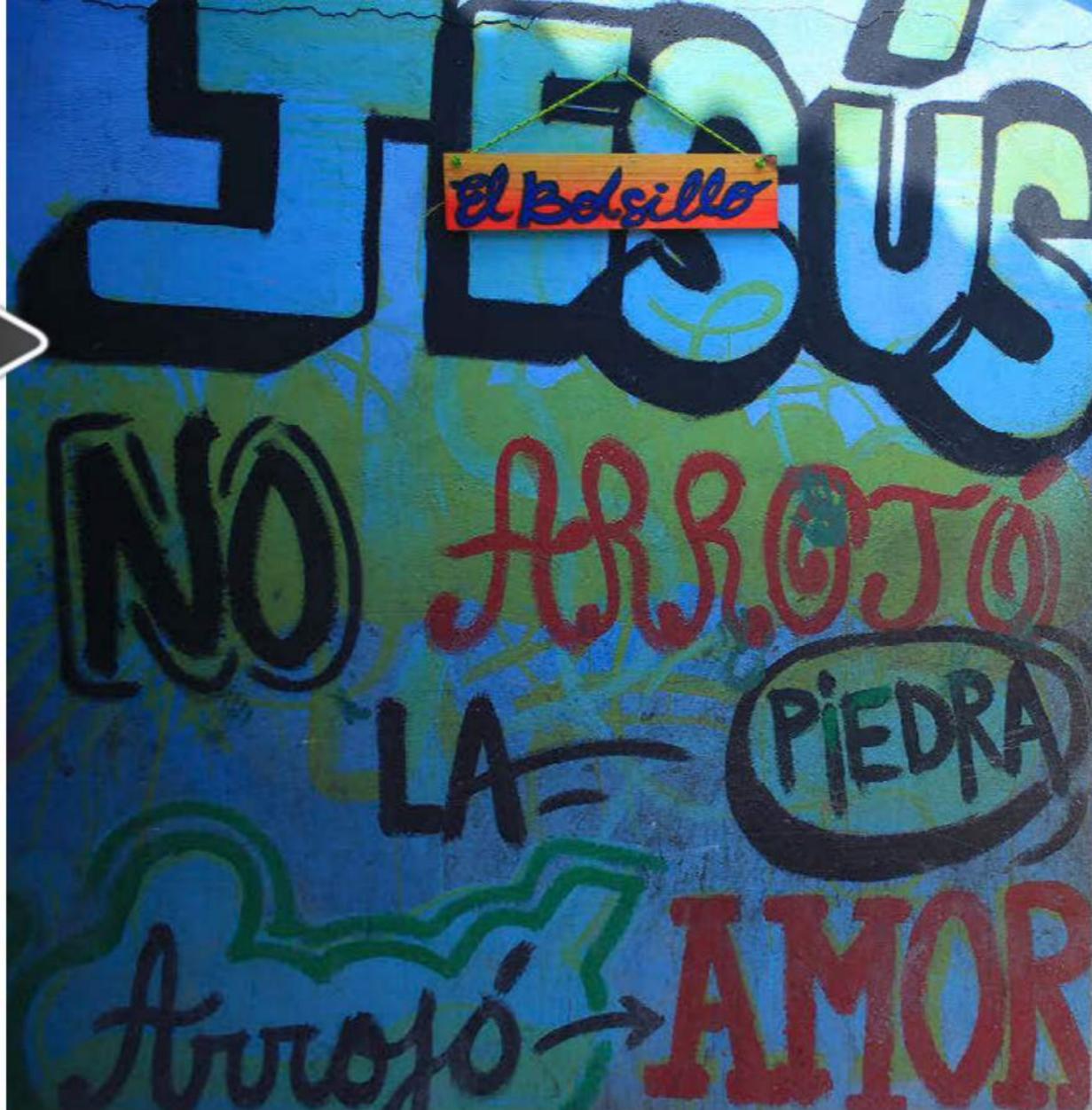
El marido murió en sus brazos. Después lo velaron, levantaron el ataúd sobre los hombros y, con los pies por delante, descendieron por la calle del Adiós a modo de despedida. Luego salió de la isla rumbo al cementerio de Tinipán. En los pagos del realismo mágico: los ancianos saben



Vista aérea de Santa Cruz del Islote

que enterrar a alguien al revés puede traer consecuencias. Alguna vez se hizo y un sacerdote mandó sacar al cadáver de la tumba, volver al pueblo, dar la vuelta de despedida con los pies por delante y sacarlo en esa posición. En una semana, dicen, el muerto mal colocado se había llevado por delante la vida de cinco vecinos mientras se revolvía bajo tierra gritando «¡me los acabo!».

Las costumbres de este territorio afrocolombiano se están consumiendo lentamente. No había pasado nada igual desde que se instalara vida humana.



Rondaba el año 1880 y algún pescador —nadie sabe quién— decidió pasar sus noches y sus días aquí porque estaba a salvo de las plagas de mosquitos que perturbaban el resto del archipiélago. El islote estaba libre de bichos, aunque a estas alturas lo que más amenaza su existencia es el turismo.

«Es una problemática porque no está controlado y vienen el doble de visitantes de los que pueden llegar. Esto va a explotar y va a colapsar», advierte, irritado, el inspector. Ramiro de Hoyos es lo suficientemente viejo como para recordar la época en que se vivía de la pesca de tortuga, langosta y pescado, aunque joven como para escuchar los nuevos tiempos y sus mandatos.

Empezaron a llegar viajeros, hace tres o cuatro décadas, atraídos por el ampuloso título de isla más poblada del planeta, y todo empezó a cambiar. Los turistas llegan a trompicones por la mañana, dan un breve paseo y siguen viaje por el Parque Nacional Natural Corales del Rosario y de San Bernardo mientras los isleños se quedan con su rumor de brisa y preocupación. Alguno, rara vez, duerme aquí y ve regresar a los pescadores de faenar en aguas turquesas, escucha el canto de los gallos al amanecer y conoce algo más la naturaleza del isleño. Las reuniones de los feligreses, de hasta tres veces al día, son el mejor escenario para comprobarlo.

Dios, que se cuela bajo muchas ropas, desembarcó en el islote vestido de evangelismo porque mar adentro el catolicismo no echó grandes raíces. A cambio, un cura católico llega todos los 16 de julio, bendice la isla y pecados, y se va, por lo que la fe no exprime la culpa a pocas millas de la costa.

A la iglesia evangélica se llega por una callejuela envuelta en dos o tres pisos de altura. Sobre un suelo de hormigón, Óscar Luis Mesa predica ante una docena de personas que se refugian del calor bajo una estructura de madera y techo de bambú. En el suelo aún se ve el círculo de una antigua gallera donde se desparramaba la sangre de las peleas. «Donde sobreabunda el pecado», se justifica el pastor, «sobreabunda la gloria».

Óscar llegó al islote a pasar cinco días de vacaciones, conoció a una chica y no volvió a salir hasta dos años después. Lleva 14. «Esta isla es diferente a muchos sitios, ya que escuchan, y cuando escuchan, la semilla queda sembrada», admite después de la ceremonia, al tiempo que elogia a los vecinos: «Nos colaboran, aunque sean inconversos, pero confiamos en que toda la isla nos la vamos a ganar para Cristo».

El pastor se convirtió hace seis años después de una vida agitada por la mala vida y enredada en drogas, alcohol y prostitución, aunque después lo suaviza con un leve: «Yo no practicaba la justicia». De momento, ha logrado sumar 30 fieles y confía añadir 20 más para finales de año en la labor evangélica.

LOS 492 HABITANTES DEPENDEN DEL AGUA

POTABLE QUE LLEVA EL EJÉRCITO Y NO

PUEDEN ENTERRAR ALLÍ A SUS MUERTOS

zadora de un pueblo abierto. «La gente me recibió y me dio a querer. Aquí hay una diferencia y es la unión. Cuando a una persona le sucede algo, todo el pueblo acude», celebra Óscar, que confía ciegamente en su misión: «El propósito nuestro es ganarlos a todos para Cristo, la evangelización a través del ejemplo y la armonía».

—¿Y lo conseguirán?

—Amén. ■ @dcoboc